

Las constantes históricas europeas como medio para la formación de una conciencia europea

Dos importantes textos: la magnífica conferencia del Dr. Ruiz Martín y el "rapport" del Dr. Fernández Gallano (M), que reproducimos, completan la reseña sobre la Conferencia del Consejo de Europa, celebrada en abril en Málaga y que insertamos en el pasado número.

Por **FELIPE RUIZ MARTIN**
Catedrático de Universi-
dad e Inspector de En-
señanza Media.

PUNTO de partida obligado al considerar, como historiador, el aspecto que específicamente se me ha encomendado desarrollar sobre *La actitud humanística en la Enseñanza Media*, ha de ser una alusión, siquiera, a las transformaciones profundas que ha experimentado y va experimentando la concepción de la historia y por lo tanto, también, su práctica, la historiografía, en creaciones recientes. Nuestra generación está siendo testigo, si no protagonista, del referido cambio, por virtud del cual la historia va dejando de ser erudición para convertirse en una rama importante del árbol frondoso, y fecundo, de las ciencias sociales. Esta adscripción ha quitado quizá a la historia independencia, dado que ha de perseguir unos objetivos compartidos con otras disciplinas, a través de métodos paralelos y semejantes. Pero esa vinculación a las demás ciencias sociales determina que la contemplación del pasado sea cada vez menos esteticista y apunte conscientemente a explicar el presente y a prevenir el futuro. Los economistas y en cierto modo los sociólogos, de vuelta de las abstracciones en torno a las que discurrían ellos apenas hace sólo unos años, y de los estériles resultados, se vuelven solícitos hacia el análisis histórico. Como derivación de esas demandas apremiantes de colaboración, decíamos, la historia económica y la historia social han tomado notoria primacía, rompiendo quizá el equilibrio imprescindible y deseable que en el seno de Clío ha de haber; mas el esfuerzo de esos especialistas no sólo ha transformado sino que evidentemente ha mejorado, directa o indirectamente, nuestro saber sobre los hombres que fueron, de sus empresas, de sus ideas y aspiraciones, de sus éxitos y sus fracasos. Y es posible ya no conformarse con una enumeración lógica de causas y efectos de lo que acaeció; ahora es factible una auténtica clasificación cualitativa y cuantitativa, porque se puede estimar y se pueden contar y medir aquellas causas y aquellos efectos, y hasta descubrir el mecanismo que les animaba, su dinámica.

Una serie de conocimientos adquiridos y que tenían en la docencia el valor y la categoría de disertaciones clásicas, ciertamente se han deteriorado. Figuran a la cabeza de ellos la periodización tradicional de las edades ateniéndose a acontecimientos externos. Algo mejor librados salen

los cortes geográficos, aunque han de rectificarse ininterrumpidamente sus dimensiones, que no son las mismas siempre, cual algo rígido, dado de una vez para todas, sino variables; la noción "frontera" que Frederick Jackson Turner esbozó para América, enriquecida conceptualmente, por supuesto, tiene validez, claro está, para Europa.

Esas coordenadas verticales, relativas al espacio, y aquellas coordenadas horizontales relativas al tiempo, permiten, en su recíproca combinación, obtener algunas deducciones trascendentes. Las coordenadas horizontales, temporales, muestran, al ser observadas, que se desarrollan conforme a un paralelismo perceptible por todo el haz de la tierra. Tal es el caso, pongo por ejemplo, de la demografía. Los períodos de larga duración propicios, ascendentes, en que el número de hombres se multiplica, son sincrónicos en las diversas áreas del mundo, como los períodos adversos; igual sucede con el flujo y reflujo de la producción, sea agrícola, sea manufacturera o fabril, y con el volumen de los intercambios. Por eso cabría hablar a escala mundial de siglos de prosperidad y de siglos de prostración. Ahora bien, si hay coincidencia en cuanto al momento en que se goza de progreso y el momento en que se sufre estancamiento o regresión, las diferencias están en el nivel que se alcanza aquí o allá, por la celeridad del progreso, en los trances propicios, y por la resistencia en la prostración, en los trances de adversidad.

He aquí la característica europea que importa inicialmente destacar, para después acercarse a distinguir sus específicas constantes. Ha tenido Europa sus primaveras floridas y sus negros inviernos; más la pugna de esas alternativas enfrentadas, compensatorias, se ha saldado siempre con un amplio margen positivo. En cambio, fuera de Europa, el avance destacado por este o aquel pueblo, por este o aquel imperio, si se prefiere la India del 500 y del 400 antes de Jesucristo, el Islam en los siglos VIII al XII, la China durante una centuria (1240-1340) de la época mongólica (1215-1368) es contrarrestado por el siguiente retroceso —el de la India musulmana (1206-1757), el del Islam del XII al XVIII, la China de los tratados desiguales (1839-1949)— quedando reducidos para el porvenir a una prostración prolongada, inmóvil.

No hablo sólo y exclusivamente de lo material. Me refiero, fundamentalmente, al estado de ánimo, al tono, a la actitud, a la capacidad creadora, que permite en Europa, tras sus perplejidades, repetidas, prolongadas en ocasiones, reanudar la marcha hacia adelante, y escalar cimas más y más altas, a diferencia del abatimiento que aqueja a los otros continentes después de un percance grave: la luz allí, cuando se amortigua, no vuelve a brillar, aunque permanezca sin apagarse.

Pero esa determinante europea básica, esa capacidad ininterrumpida de ascensión, aunque ocasionalmente tuviera sus parones, que la harían incluso retroceder, ha tenido un proceso. Desde la caída del Imperio Romano, aceptando ser entonces cuando surge la entidad que nos ocupa, hasta hoy, Europa se ha visto reiteradamente ante dobles circunstancias: bien de acelerar la marcha, porque soplaban vientos propicios, bien de plegar velas, porque se levantaban vientos contrarios. Cronológicamente es fácil determinar las etapas positivas y las etapas negativas. Más difícil

es deducir lo que hay de singular —de genial osaré decir, acaso con una chispa de orgullo— en la manera de proceder para aprovechar las etapas positivas y para no desmerecer demasiado en las etapas negativas; pero es viable llegar a una comprensión. Se trata de un replanteamiento de problemas archiconocidos; archiconocidos estáticamente, más que al presente se quiere ver funcionar, moverse, conseguir éxitos o deparar fracasos, y porqué.

Etapas de crecimiento y etapas de postración de conformidad con el estado actual de la investigación —de la investigación en el campo específico de la Historia Económica y Social, concretaré, excusándome de apelar por una vez a su repertorio, aunque me apresure a significar el convencimiento de que las economías y las sociedades son un factor decisivo, pero ~~no~~ el único y ni siquiera determinante de la historia— que se podían sintetizar así, a tenor de los siguientes períodos:

- 1.^{er} período, de franco retraimiento, yendo desde el siglo V al XI.
- 2.^o período, de recuperación, de los siglos XI al XVI, con un lapso vacilante posterior entre mediados del XIV y mediados del XV.
- 3.^{er} período, la euforia del siglo XVI, con el triunfo de los descubrimientos, terminado con la formidable contracción del seiscientos, triste y dolorosa de 1618 a 1668.
- 4.^o período, lo llena con alborozo el siglo XVIII, con el triunfo de la razón, antesala del paso decisivo futuro.

Ese inmediato paso decisivo es el 5.^o período, con el despegue de la revolución industrial, y todos sus fantásticos logros, lo que acarrea las mutaciones radicales que contemplamos en todos los órdenes.

Tarea de los grupos de trabajo de esta reunión será, si se acepta mi sugerencia, por de pronto, discutir la validez de esa sucesión sin soluciones de continuidad, y de sus jalones, para en seguida poner en tela de juicio lo que considero el hilo conductor de la trama: la trabajosa dignificación del hombre, de los más de los hombres, en fin, de todos los hombres. Sin duda ha habido otros afanes, otras metas tenazmente perseguidas en este área clave del orbe: como la conquista de una mayor independencia individual y colectiva, haciéndola sin embargo, compatible con una organización política a escala territorial, nacional y estatal, así como a escala continental; como las especulaciones filosóficas ininterrumpidas para proporcionar explicaciones sistemáticas; como los esfuerzos del ingenio y de la ciencia para separada o conjuntamente ir arrancando secretos a la naturaleza. Varias constantes cabe ciertamente rastrear en el haber de los europeos, que obsesivamente han sido fieles o si se prefiere perseverantes y tenaces en ir adelante por sus directrices. Mas incuestionablemente, entre esos *live-motiv* activos el preferido, sin duda, ha sido el antes enunciado, y que repito: la trabajosa dignificación del hombre, de los más de los hombres, en fin, de todos los hombres.

El humanismo es la clave de la historia de Europa, lo que distingue la historia europea de la no europea. Un humanismo que sin dejar de ser el mismo, el único, toma adjetivos diferentes, para así singularizar la realización peculiar de éste o aquel lapso. No es fortuito el que se pueda y se deba poner el acento del humanismo en el primero y segundo períodos

por el prurito de la libertad personal, y espiritual, empeño que concluye con el triunfo del Renacimiento, cuya maravilla nos admiraría de no constarnos con seguridad ser aquellos logros magníficos sólo patrimonio y privilegio de unos pocos, de unas minorías, eso sí, que se dispersaban por aquí y por allá, aunque sus focos más refulgentes estuvieran en Italia y en los Países Bajos. La esplendidez de los comienzos del período tercero, el mil quinientos, da acceso a las multitudes a otro humanismo menos refinado, sin duda, aunque infinitamente más amplio: el humanismo religioso, aunque haya escisión entre católicos y protestantes. Encaja perfectamente en ese cuadro la lucha por la justicia que emprenden denodadamente unos frailes dominicos españoles que llegan a América y no se resignan a ver cómo los indios sean a veces explotados por los conquistadores. Viene después el humanismo frío y puro, para algunos un nuevo humanismo, el del clasicismo, que en el cuarto período cifrará sus anhelos en el logro de la felicidad terrena, aquí y ahora, según prescribía el humanismo que algunos bautizaban de natural, por hacer de la naturaleza el modelo a imitar, y que por circunscribir en la razón su exclusiva confianza no falta quien propugna el epíteto de humanismo racionalista.

El estallido de la Revolución francesa fue su ruidoso colofón, que, acallado, quedó en mística revolucionaria, motor y freno del acaecer durante el siglo XIX a lo largo y ancho de Europa. El romanticismo es un episodio de lo que constituye el humanismo revolucionario, que continúa con otro tono el naturalismo que viene detrás. La sociedad y la economía son todavía antiguo régimen. Fuera de Inglaterra el maquinismo no ha roto la estructura artesanal, y la fuerza artificial no ha substituido a los brazos de los trabajadores, que, sin embargo, a partir de 1848 empiezan a dar señales de su presencia. El humanismo revolucionario es netamente burgués, y si enconadamente hostiga a la nobleza, consiguiendo romper su jerarquización estamental, para inaugurar la organización clasista, en la que no hay privilegiados por su origen, pero sí por su posición adquirida, o transferida, no se ocupa apenas de los humildes que sufren y padecen, a los que se regatea, *verbi gratia*, el derecho de voto. No es democrático, precisamente, el humanismo revolucionario.

No me cansaré de repetirlo: la revolución industrial, la gran hazaña que confirma a Europa en una superioridad tangible como nunca había tenido, no obstante haber sido metrópoli desde que los navegantes lusos e hispanos se lanzaron al mar y alcanzaron tierras lejanas que estratégicamente sometieron u ocuparon, marca un hito. Los no europeos, perplejos al principio, acabaron imitando lo que creen sólo motivo de la supremacía europea, y algunos lo consiguen tan brillantemente que en varios aspectos se ha producido *El rapto de Europa*, según el título del libro esencial del Catedrático de la Universidad de Madrid don Luis Díez del Corral, donde se discurre cómo y porqué Europa ha dejado de tener parcialmente preeminencia. Europa se industrializa no sin sacrificios. Las jornadas iniciales de esa transformación son cruentas: unos hombres pagan más caro que otros hombres en sacrificios y en penalidades el tributo exigido. Surgen simultáneamente expresiones de varios humanismos, que bastará con citarlos para penetrar de pronto en los móviles a que res-

ponden: hay un humanismo socialista, un humanismo técnico y un humanismo científico. Las crisis cíclicas ponen en peligro de ruina la monumental construcción que tan afanosamente se está erigiendo, porque no acababa de perfilarse que el bien de todos coincidía con lo mejor para los menos. Los economistas, superada la depresión de la década de los treinta del siglo XX, deponiendo sus recelos sobre la decadencia de la era de bonanza, concretamente librándose de la pesadilla de las fluctuaciones que nunca permitían remontar el vuelo, prolongar un crecimiento, caen en la cuenta de que un avance ininterrumpido es viable. A la zaga de la realidad, confesémoslo, se esbozan las teorías en boga sobre el desarrollo, cuestión nuclear de nuestros días. Y en la medida que es postulada como elemento previo imprescindible para realizar cada ascenso, para acometer la siguiente aventura, una distribución equitativa de la riqueza, coincidiendo esta formulación teórica con el impacto pragmático de los regímenes comunistas que se consolidan, determina el humanismo social. No es una posición defensiva; muy al contrario, tiene mucho de reto, pero sobre todo resulta justiciera. Ese humanismo social, al asentarse, tuvo una secuela de promociones docentes, que con miras a una más eficaz labor de los súbditos, alentaron los poderes constituidos, desembocando en una revolución educacional, para la que propongo la advocación provisional de humanismo cultural. En ese trance nos hallamos. Cada país, en su estadio, de acuerdo con la escala que nos proporciona una cifra expresiva, aunque tenga buena dosis de equívoco, las rentas *per capita*. Pero impedidos por la necesidad de las particulares exigencias, más o menos apremiantes, todos coincidentemente requieren y fomentan la puesta a punto del más eficaz de sus recursos, su capital más prometedor: su juventud, sin desperdiciar ni uno solo de sus valores latentes.



Me parece que hemos llegado al trance clave de nuestras reflexiones. La igualdad de oportunidades para todos constituye, pues, una exigencia de nuestra época, que tiene tanto de generosidad como de cálculo. Efecto y secuela del humanismo social es el humanismo cultural, muy avanzado en áreas urbanas, iniciado ya en áreas rurales. Los sujetos que reciben el grado medio de enseñanza secundaria han dejado de ser exclusivamente una minoría, y se pretende que temprano alcance a la totalidad, la masa. Ahora bien, así planteado el problema, su solución feliz requiere tino en el contenido del saber que se imparta a los alumnos que en proporciones inusitadas llenan y llenarán las aulas existentes y las aulas previstas. Y a este respecto es sustancial la dosificación de las disciplinas y decisiva la orientación que alienten los profesores. De que se acierte o de que se yerre en este doble matiz, dependerá nada menos que el porvenir. Porque una serie de peligros se ciernen seriamente amenazadores, que no es preciso enumerarlos porque están patentes en nuestros ánimos.

Es difícil plasmar un equilibrio; pero a todo trance se ha de intentar, hasta conseguirse. Y personalmente entiendo que un procedimiento insustituible es demostrar los esfuerzos consecutivos que nos han conducido

a donde estamos, y su trayectoria. Y esto, compete coordinadamente a las disciplinas que se adscriben a la rama de Letras. Quienes sobre esas bases se pongan en contacto con las elucubraciones abstrusas, pongo por ejemplo, de las matemáticas, no perderán la noción real de donde vienen y consecuentemente a donde pueden ir. Mis experiencias en una Facultad de Ciencias Económicas, donde todavía prevalecen las nociones de los marginalistas —las combinaciones de números como expresión de fenómenos— fuertemente influida, añadiré, por un ambiente local sin una marcada tradición intelectual, me ha convencido de que los escolares llenan un vacío que sienten en su propia formación profesional cuando se les proporcionan referencias que les permitan comprender las complejidades que en las lecciones se les presentan, y tenazmente se agarran, como tabla de salvación, para no naufragar en sus navegaciones. La mayor concurrencia que en la sala de conferencias he conocido la presencié cuando tuvo lugar un cursillo en torno al tema del deísmo y del ateísmo contemporáneos.

Pero no es cuestión de proporcionar erudición dispersa; sí de trazar unos panoramas comprensibles que tengan vivacidad e interés. Y para que ese interés y esa vivacidad calen hondo se ha de poner de patente las vinculaciones existentes, lo que del ayer pasa el mañana a través de hoy: lo que metodológicamente se bautizó con el apelativo de constantes. Yo he jalonado antes la constante humanística que desde el siglo V al siglo XX ha discurrido en Europa, y que en cada momento conformó y tradujo la conciencia europea. Esa corriente humanística no es endógena; al contrario se perfiló bajo el influjo de circunstancias concomitantes que con su tenor marcaron, si no el rumbo, ciertamente la intención de los promotores. Pero el humanismo, por su lado, repercutió sobre los diversos sectores, incluso los aparentemente lejanos. La trabazón es completa. Por eso se da una simultaneidad entre los acaecimientos políticos, las oscilaciones económicas, los avatares sociales, las tensiones espirituales —eso sí, en Europa invariablemente girando en torno al cristianismo. *la composante majeure de la pensée européenne*, en frase de Fernand Braudel— los ensayos y los éxitos técnicos y científicos, las realizaciones de la literatura y del arte. Dentro de esa gama será discutible cualquier prelación, que destaque a un protagonista y reduzca a los demás componentes al papel de comparsas. Pero habida cuenta de que por precisiones pedagógicas se ha de hacer un centro de gravedad, yo no vacilo en proponer la elección del humanismo históricamente presentado, para cometido de encuadrar en su torno al resto de los componentes. Puesto que no hay superedificaciones, sino recíprocas apoyaturas, la construcción que se edifique, con sus estratos superpuestos, edades o, mejor, períodos será robusta. Un esbozo de diseño tendría estos trazos, que sólo como punto de partida de ulterior discusión, de la que saldrá fundamentalmente mejorado, me permito proponer a este *stage*, disculpándome de antemano que mi vocabulario sea el usual en un cultivador de la Historia, que sin duda se mejorará con los retoques de lengua que aportarán los competentes de Filosofía, de Literatura, de Filología y, por supuesto, de las diversas Ciencias Técnicas y de las Artes.

- 1.º período. La época del feudalismo, del siglo V al XI, y salvaguarda que ejerció la Iglesia Católica en aquella catástrofe.
- 2.º período. La lucha por las libertades.
- 3.º período. El Renacimiento; inquietudes religiosas; la Reforma y la Contrarreforma.
- 4.º período. Las discordancias del Barroco.
- 5.º período. El racionalismo.
- 6.º período. La Revolución política.
- 7.º período. La Revolución industrial.
- 8.º período. La Revolución social.
- 9.º período. La Revolución educacional.

Intencionadamente he puesto bajo etiquetas conciliadoras —repito, tachables de unilateralidad de especialista— una mercadería explosiva; me cubro así, precavidamente, de las objeciones de fondo, pues yo reduciría las Historias, las Literaturas, las Filosofías y las Filologías, inclusive las disciplinas artísticas, —empleo de propósito el plural—, a unos esquemas concomitantes en su articulación, sencillos y profundos a la vez, y a porfía claros y atrayentes.

Naturalmente no me es posible hoy y aquí hacer una síntesis de lo que cabe ver o cabe atisbar, en el seno de cada período, girando en torno a la etapa correspondiente de la constante humanística europea, y lo que en ella procede de la anterior y lo que de ella pasa a la siguiente. Y los factores que concurren. Pero lo importante es la idea que propugno como actitud humanística que es la primera parte de la preocupación que nos ha congregado.

La segunda parte de nuestra consigna apunta a la Europa de mañana. Esto nos obliga a establecer una radical distinción entre el último y los precedentes ocho períodos. Si estos ocho períodos precedentes han de utilizarse como información proporcionada a los escolares para que se persuadan de dónde vienen y quiénes son, en el período último, ya no se ha de utilizar exclusivamente como instrumento, sino que ha de tener, y principalmente, en sí mismo, fin formativo; tendrá, por lo tanto, una gran extensión y unas dimensiones grandes. El humanismo deja de ser historia para convertirse en vida. Una vida, a su altura, consciente de sus antecedentes, y de sus responsabilidades. La Revolución educacional de que hablo es, pues, el legado de quince centurias —que ya se beneficiaron de la herencia de Grecia y de Roma— las cuales perseverando en el estudio y en la acción “tendieron con un esfuerzo ininterrumpido (son palabras de Goethe al comienzo del Segundo Fausto) a la más sublime forma de existencia”. De ahí la génesis del humanismo social; de ahí la “igualdad de oportunidades”, según fórmula española. Pero si ese humanismo social, no se ha de estancar, anquilosándose, lo que equivaldría a un retroceso sin demora, ha de crecer a ese ritmo, a esa celeridad, que los economistas y los sociólogos demandan al desarrollo; efectivamente ha desembocado en el humanismo cultural, y ante él, un tanto perplejos.

nos debatimos, pues si el humanismo social es un don del pasado, el humanismo cultural será nuestra contribución para el futuro.

• • •

Esas consideraciones requieren una puesta en práctica, referida, por lo que atañe a nuestra tarea, a la Enseñanza Secundaria. No se trata de hacer reivindicaciones de tipo humanístico, y reclamar espacio y tiempo para las Letras, restringiendo la invasión de las Ciencias y las Técnicas. Estas han de respetarse en la importancia colosal que han ganado; mas para que tengan sentido se las ha de encuadrar en lo que son, un logro de los hombres, codo a codo, hasta ayer casi exclusivamente en Europa, y hoy, además, en las Europas jóvenes creadas por la vieja Europa. No oso en esta ocasión concretar un cuadro de materias obligatorias o voluntarias a cursar en el estadio del bachillerato elemental o superior, sean el uno o el otro clásico, técnico o científico, en el supuesto de que no se opte por el bachillerato unificado, acaso con éstas o aquellas salidas terminales. Lo que sugiero es un sistema, en que el humanismo sea el pivote en torno al cual giren acordes las humanidades, desprendiéndose de su hojarasca para que quede al desnudo su tronco, y si es hacedero en combinación con las ciencias y con las técnicas, que también tienen su proceso, hasta el presente. El presente requiere un tratamiento *sui generis*, y si, por supuesto, a las humanidades corresponde un papel que representar, las Ciencias y las Técnicas reconocidamente, aunque no con el carácter de independientes y aisladas, cual algo aparte, con desdén para lo que las ha posibilitado, y las da cordialidad y las proporciona sostén, han de prevalecer. Por eso yo me inclinaría como ideal al bachillerato unificado, pues no se trata de iniciar a sabios, sino de habilitar ciudadanos. Pero acertando en lo que estoy sugiriendo, se llenarían vacíos inmensos que acuciantemente reclaman ser colmados, como el que se encomendó corregir a la llamada educación cívica. Merece la pena arrostrar el riesgo que la mutación entraña. Si queremos los europeos conservar el rango, hemos de robustecer nuestro repertorio de íntimos valores, y no desaprovechar la posibilidad de hacerlo con simultaneidad al ir informando a nuestros adolescentes en una técnica compleja: la que preside las relaciones de unos ciudadanos con otros ciudadanos, y entre sí de los hombres. En ese moldeamiento educacional las humanidades desplegadas en función del humanismo pueden ser el patrón donde se vaya vaciando todo lo demás; pero, por ejemplo la Historia, ha de ser palpitante, esto es, no simple y elemental muestrario o compilación, sino vástago con savia viva del árbol de las Ciencias Sociales, como la Filosofía, la Literatura, la Filología, y sus demás hermanas.

Sería una precipitación lamentable recargar a nuestros bachilleres con dos o tres asignaturas más cual la Economía o la Sociología, intrínsecamente tan poco logradas aún; pero lo que la Economía y la Sociología tienen de acuciantes en su planteamiento, puede y debe ser aplicado, inyectado en las materias usuales bajo la denominación de Humanidades. El prestigio que así la Historia —que ahora escribo con mayúsculas— tuvo

como maestra de la vida, y no en la Hélade, cuando se acuñó la frase, sino mucho más tarde, hace apenas cien años, durante la vigencia del historicismo, se recuperaría y con mejor ley. Y algo más importante: una dimensión del que existe, en este caso de los que somos europeos, al reconocernos, cundiría en nuestras personalidades individuales, regionales, nacionales, colectivas.

• • •

¿Se puede lograr plenamente el humanismo social y su creatura, el humanismo cultural, sin haber antes atravesado por el humanismo revolucionario, y antes por el humanismo natural, y antes por el nuevo o puro, y antes por el humanismo religioso, y antes por el humanismo renacentista, y antes por el humanismo que logró estas o aquellas libertades? La respuesta a esta interrogante sería, ni más ni menos, que una profecía sobre la suerte futura de lo que llamamos el Tercer Mundo. Pero me atrevo a presumir que cuantas arribadas se consigan, por atajos, sin recorrer en toda su extensión el itinerario y sin adiestrarse salvando los obstáculos, carecerían de la madurez de los europeos.

El cometido de los profesores de segunda enseñanza ha de ser justamente esas conexiones, demostrándolas, con el máximo rigor. Imbricaciones recíprocas serán encontradas, y ellas integrarán la conciencia de ser europeo. Una conciencia no plasmada en fórmulas o diluída en sentimientos o en emociones, sino por esa confianza, esa seguridad, ese dominio del que se sabe dotado con unas capacidades y tiene una orientación determinada, marcada por el progreso o la evolución o el devenir del humanismo, que es nervio si no me equivoco de la historia.

Previamente en la enseñanza secundaria, insisto, es donde se ha de poner con todo ímpetu empeño en dar el sentido entrañable que tiene la historia europea, a diferencia de la historia no europea, y dentro del seno de aquélla, sólo ventajas deparará señalar las leves diferencias nacionales o regionales que por un espejismo se antojaron a nuestros padres y a nuestros abuelos una magnitud incomparable a sus verdaderas dimensiones.

• • •

Cometido de un ponente, me parece, más que proporcionar soluciones, es suscitar problemas a los grupos de trabajo que en el seno de estas reuniones van perfilando conceptos y aspiraciones. Yo he pretendido, simplemente, esbozar con más simplicidad que detalles una perspectiva panorámica, para otear a distancia en el horizonte y captar permanencias que conforten la conciencia europea en la hora actual. Mi propuesta a los grupos de trabajo es la de apreciar un crescendo en el humanismo europeo, sin que haya interrupciones, con una cronología estricta que permitiría definir en esta o aquella circunstancia tipologías de humanismos, hasta desembocar en el presente, que no deja de tener su propio humanismo, que importa captar para proyectarle en el humanismo futuro, con la doble faceta de ser un punto de término, humanismo social, y un punto de partida, humanismo cultural. Esa coyuntura, a la que he sugerido poner

bajo el título de *Revolución educacional* nos confiere especial autoridad a los educadores; en nosotros está dar al incitante desafío la adecuada respuesta, según la interpretación de Arnold Toynbee. Ya se están sembrando los granos para la cosecha a recoger, y a juzgar los destellos que apuntan podemos cantar alborozados, como un poeta español del humanismo del Renacimiento, Fray Luis de León.

*... en la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.*

GROUPE N.º 2

RAPPORT DE DISCUSSION

Por MANUEL FERNANDEZ-GALIANO
Catedrático de la Universidad de
Madrid.

Je n'ai pas l'intention de formuler maintenant aucune objection sérieuse aux excellents exposés que nous avons entendus pendant les deux premiers jours de nos entretiens. Je ne voudrais que commenter brièvement les implications les plus importantes de cette déclaration de principes sur l'attitude humaniste dans l'enseignement secondaire pour l'Europe de demain où j'ai cru voir s'imposer une unanimité assez plus grande de ce que l'on pourrait attendre de la part d'une réunion aussi nombreuse.

Moi —je m'excuse à cause de la fâcheuse répétition du pronom personnel— moi, je suis un professeur d'Humanités. Je deviens donc un homme suspect. Suspect, en premier lieu, de partialité. Il est obligé —on pourra se dire— de défendre son métier, sa vocation, son rôle dans la vie universitaire.

Suspect aussi, peut-être, d'appartenir à une vague, anachronique, mais, en définitive, plutôt dangereuse élite intellectuelle. M. Boeglen a cité, avec beaucoup d'opportunité, le très aigu propos de M. Jean Guéhenno, un des écrivains qui s'acharnent le plus, depuis bien des années, à assiéger, d'une façon malheureusement superflue la plupart des fois —en Espagne nous appellons cela "dar a moro muerto gran lanzada", c'est-à-dire, accabler de grands coups de lance l'ennemi quand il est déjà mort— la citadelle croulante des Humanités traditionnelles.

Moi, je ne joue pas, je ne veux pas jouer cette "comédie de la culture" dans laquelle, comme dans le temps de Mme. Dacier ou de Fénelon, les couches sociales les plus aisées s'évertueraient à employer leurs "beaux loisirs". Cela serait exactement l'"école isolée" aussi décriée par M. Levarlet: un pitoyable genre d'Humanisme vide du sens humain que le mot lui-même comporte.

Je suis, nous sommes tous, des suspects dans une société qui ne parvient pas à nous comprendre très bien. M. Allcock, dans son magistral exposé qui a été à la base de nos entretiens, parle d'«un grand nombre de soi-disant humanistes» qui «ont montré, dans le passé, trop peu d'humilité». Voilà un gentil reproche qui a derrière soi une très longue histoire. Oui, nous connaissons par cœur beaucoup d'anecdotes piquantes au sujet de la superbe intransigeance de bien de savants de la Renaissance. C'est le *magister dixit*, le *odium philologicum*, le *philologus philologo lupior* avec lequel on s'est amusé à parodier le vieux dicton pessimiste. Notre Lope de Vega, le génie du théâtre espagnol du Siècle d'Or, conseille à son fils de ne pas apprendre le grec, «parce que c'est une langue qui engendre des gens orgueilleux». Et cela continue jusqu'à nos jours. Voilà, dans ce touchant «Luther» que vient de nous donner John Osborne, les invectives du protagoniste, Luther lui-même, le très vital, le vraiment humaniste Luther, contre Érasme, un habile intellectuel, un «clown» subtil qui méprise ceux qui ne connaissent pas bien le latin et qui ne parvient pas à comprendre comment il est possible qu'Augustin, incapable de lire Homère sans larmes, soit estimé autant que Jérôme, aussi fier de ses cinq langues et de son érudition biblique.

Nous sommes accusés aussi de nous avoir volontairement isolé, d'une façon égoïste, à l'égard des grands problèmes de la vie réelle. M. Allcock nous a parlé de la «ivory tower», la tour d'ivoire du philologue classique mis à l'écart des tribulations d'autrui —*suaue mari magno* etc.—, mais il y a déjà longtemps qu'Aristophane dépeignait Socrate dans son ésotérique «pensatoire» en s'amusant à regarder la lune ou à mesurer les empreintes des pattes de la puce. Platon aussi a eu lui-même très mauvaise presse à ce sujet. *The Open Society and its Enemies*: Platon enfermé en soi-même, étrange à la vie du monde, utopique théoricien dans l'ambiance étouffante d'une école dont la porte restait fermée aux ignorants de la géométrie.

Voici nous donc, les philologues classiques. Nous sommes pleins de défauts. Nous avons péché beaucoup et pendant beaucoup de siècles. Les Humanités sont en baisse dans la plupart des pays et, si l'on juge par ce baromètre aussi sensible que l'on appelle l'opinion publique, il ne semble pas qu'on puisse prévoir aucune réversion de cette tendance. Faudra-t-il en conclure que la faute de tout cela revient entièrement à nous?

Mais, en réfléchissant avec une certaine angoisse sur un sujet qui intéresse d'une façon aussi directe et notre personne et notre activité professionnelle, on ne trouve que d'arguments plutôt positifs quant au rôle des philologues classiques dans le monde actuel.

Les Humanités classiques d'aujourd'hui, comme nous montrait M. Borucki, n'ont rien à voir avec aucun préjugé ou tendance «classiste»: nos élèves —cela est si évident qu'il ne vaut pas la peine d'y insister— viennent à nous des plus diverses couches sociales. D'autre part, nous avons appris très bien à renoncer aux vantardises de jadis, un peu enfantines d'ailleurs, pour nous mettre modestement sur la défensive devant ce monde imposant de formidables techniciens qui maîtrisent la matière et l'énergie et deviennent aussi capables de bombarder la lune que de nous accabler sous leur lourd jargon scientifique. Et, ce qui est le plus

important, on a compris parfaitement quelque chose que la savante perspicacité de Louis Armand, selon nous disait l'autre jour M. Arend, a vu avec beaucoup de clarté: que les temps de divorce spirituel entre les sciences techniques et les sciences humaines se sont avérés aussi funestes pour les unes que pour les autres.

Nous avons entendu, pendant ces jours, des choses très belles sur le destin humain et sur notre mission dans la formation des adolescents. M. Levarlet insistait sur la création d'un vrai sens de la responsabilité personnelle dans chacun des élèves; M. González Álvarez nous décrivait l'idéal d'un homme maître de sa vie, fier de sa condition humaine, plein d'amour envers ses prochains et empressé de collaborer avec eux dans un destin commun; T. S. Eliot, mentionné par M. Borucki, parlait d'une éducation qui formerait les hommes "for the sake of men". Il y a aussi, cela va de soi, le problème très actuel des rapports entre l'homme et la machine. M. Levarlet semble être optimiste en face de cette question; mais M. Boeglen nous a rappelé une heureuse phrase de Saint-Exupéry, ce jeune héros, cher aux dieux, qui fut l'idole bien aimé de ma génération: "la machine nous apprend beaucoup, parce qu'elle nous résiste". Elle nous résiste déjà; elle commence à nous assujettir sans rémission; elle nous dominera bientôt. C'est comme le travail en chaîne, cette abrutissante routine qui ne débouche dans aucun résultat concret, dans aucun "ouvrage bien fait", selon la formule lumineuse de ce grand humaniste espagnol qui fut Eugenio d'Ors. Qu'on se souvienne du pauvre Charlot des *Modern Times*, victime d'une roue monstrueuse au bout de laquelle il n'y avait que le néant. Mais c'était il y a trente ans, quand le procès n'était qu'à ses très timides débuts!

Il faut donc, nous sommes tous d'accord, tâcher de former la personne en soi, la personne complète. Mais c'est alors que nous commettrions une grave erreur si l'on cherchait des détours tortueux en dédaignant la voie royale que les classiques grecs et latins ouvrent toute grande devant nous.

Une voie divine montrée très tôt par Archiloque, celui qui connaissait déjà le rythme qui préside la vie des hommes; une voie où nous trouvons Pindare, le poète insigne qui prie ses amis de ne pas trahir le caractère dont la nature les a doués; et Socrate, qui cherche la clé de la vie dans les hommes d'Athènes plutôt que dans les arbres de la campagne; et Platon, que nous avons vu renfermé dans son Académie, certes, mais seulement après être allé trois fois à Syracuse, plein d'illusion, pour y tenter de poser les fondements d'une humanité meilleure. Et Diogène, le nouveau Socrate un peu fou, qui offre à la jeunesse athénienne sa personne comme un modèle vivant d'humanisme. Sa personne, pas ses livres. "Si l'on te donnait le choix entre un tableau avec de belles figures très bien imitées et un plateau plein de vraies figures fraîches de l'Attique, est-ce que tu préférerais la peinture?" Parce que, comme M. Boeglen nous a dit avec raison, on n'enseigne jamais ce qu'on sait, mais ce qu'on est. C'est pourquoi nous entendons prêcher S. François d'Assise enflammé d'amour humain: "Oubliez pour l'instant vos bréviaires! Le bréviaire maintenant c'est moi!"

Mais les cyniques n'ont pas su éviter le piège fatal d'une trompeuse autarchie qui sèche et tus sans donner le bonheur. Il n'est pas possible, il n'est pas humain d'imiter la vie du chien et de vivre misérablement dans un tonneau et de couper tous les liens qui unissent l'homme à une collectivité au dehors de laquelle sa vie n'a aucun sens. Pour Épicure, le problème se pose d'une façon différente. Il s'agit, tout simplement, de savoir se cacher dans l'intimité d'un jardin délectable en laissant se débrouiller le monde entier en proie à ses malheurs. Mais la vraie solution, philanthropique, humaine, humaniste, c'est l'école péripatétique, ce sont Aristote, Théophraste, Ménandre, qui l'ont trouvée une fois pour toutes. Dans le *Dyscolos*, la fameuse comédie de Ménandre qui fut découverte, comme on le sait très bien, il y a quelques années dans un papyrus égyptien, le misanthrope Cnémon finit par comprendre que l'autarchie et l'isolement deviennent impossibles pour l'homme; que, sans l'amour mutuel des humains et sans la joie d'être ensemble, cette joie inexpriable de la "togetherness" dont nous parlait notre Directeur Général, la vie ne mérite pas d'être vécue.

"Quelle belle chose que l'homme quand il est vraiment un homme!" C'est peut-être le plus touchant fragment de l'humaniste Ménandre. Après, ce sera Térence et son *nihil humani a me alienum puto*; ensuite, la *humanitas* de Cicéron. Il suffit d'ouvrir le *Thesaurus Linguae Latinae* pour y trouver le mot *humanitas* dans une sorte de carrefour sémantique. D'une part, des connexions avec les *litterae* et la *doctrina*, c'est-à-dire, l'érudition, la "scholarship"; de l'autre, des emplois en commun avec la *clementia* et la *mansuetudo*, c'est-à-dire, en fin de compte, la charité chrétienne. Nous nous approchons déjà du *ora et labora* dont parlait M. Wohlgenuth; du "sens des autres" qu'exigeait aux pédagogues M. Boeglen; du "sens de l'humain" considéré comme fondamental par M. Levarlet. Et tout cela dirigé par la sagesse, la σοφροσύνη des anciens, la "wisdom" de T. S. Eliot, cette subtile, agile qualité spirituelle très grecque et très méditerranéenne qui devient le "seny" catalan dans la philosophie vitale d' Eugenio d'Ors.

Parce que nous sommes en Espagne, le *non plus ultra* de cette Europe qui fut ravie, d'après la belle métaphore de notre compatriote Díez del Corral, par le taureau impitoyable du matérialisme exotique; cette Europe qui, on nous le disait ces jours-ci de la part de MM. Ruiz Martín et Borucki, risque d'être dépouillée de son plus précieux patrimoine culturel.

Nous sommes en Andalousie, où l'Europe se fit plus européenne que jamais pour faire cadeau à l'empire romain d'un Sénèque et d'un Trajan. Notre grand poète de Grenade, Federico García Lorca, a raconté jadis, pour expliquer l'origine de son amour passionné de la terre espagnole, de cette vieille terre imbibée des plus pures essences européennes, une émouvante scène de son enfance. Il a vu avec ses grands yeux noirs, pleins de curiosité et doucement amoureux de la nature entière, la naissance —qu'on m'excuse, je ne trouve aucun mot plus expressif— d'une vieille mosaïque romaine déterrée par la charrue dans le champ de son

père. "Sans mon amour de la terre —dit-il— je n'aurais pu écrire aucun de mes drames, ni *Bodas de sangre* ni *Yerma*".

C'est la terre d'Espagne; c'est aussi la terre de Rome, la terre d'Europe.

*Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza.*

Voici l'épithaphe austère, mélancolique de son ami Ignacio Sánchez Mejías, le torero mort dans la place comme un vieux gladiateur d'autrefois.

*L'air d'une Rome andalouse
lui dorait la tête.*

La Rome andalouse, c'est-à-dire, l'Andalousie romaine. L'Europe humaniste. L'Europe d'hier, d'aujourd'hui et de demain.

Nuestros libros ante la crítica extranjera

La Revista "Les Etudes Classiques", de Namur dedica a uno de nuestros últimos libros la siguiente recensión:

M.^a Emilia MARTÍNEZ-FRESNEDA, *Vocabulario básico de Heródoto*, 6 fasc. de 20 à 84 pp. in-8.^o, Ministerio de Educación Nacional, publ. de la Dirección de Enseñanza Media, Atocha, 81-2.^o, Madrid (12).

L'auteur de ces fascicules sur le Vocabulaire de base d'Hérodote est une femme très érudite en questions lexicographiques du père de l'historiographie hellénique.

Elle est professeur de langue et de littérature grecques à l'Université de Madrid, où elle a profité d'un séjour de deux ans (1963-1965), pour faire des recherches scientifiques sur la langue du premier historien grec; et elle vient de nous en donner les fruits dans ces études d'investigation philologique bien utiles aux élèves, mais surtout aux professeurs de grec.

Son travail est vraiment scientifique, et c'est le mieux qu'on en puisse dire, car c'était là le but poursuivi par l'auteur.

En outre, l'esprit critique qui a poussé l'auteur à étudier quatre morceaux d'Hérodote d'après le vocabulaire analysé, a déjà fait remanier quelque peu le texte même de l'historien grec.

En félicitant l'auteur de ce travail philologique, nous oserons lui suggérer d'entreprendre la préparation d'une Anthologie d'Hérodote, comprenant le texte grec et d'abondantes notes et des remarques sur le résultat de ses investigations scientifiques.

A. FREIRE